

Es interesante observar, conforme nos adentramos en el asunto, cómo aparecen los contrastes, cómo la imagen de “eso que fue” entra en foco y cómo se revelan los fenómenos culturales de un periodo anterior. En este breve espacio no es posible más que señalar una sola dirección; pero quien haya seguido con cuidado las variaciones en el estilo de lo prehistórico a lo arqueológico y, por último, en los tiempos históricos, verá las líneas principales y sabrá lo necesario que es usar un calibrador especial para sus comparaciones en lugar de la escala con la que se miden las ocurrencias más familiares de su vida diaria. Puesto que se ha venido a dar que los europeos modernos, concentrados en el periódico y en eso que sucede de un día al otro, han perdido la habilidad para pensar en grandes dimensiones. Necesitamos un cambio de *Lebensgefühl*, de nuestra idea de la vida. Y mi esperanza es que la enorme perspectiva sobre el desarrollo y la existencia humana que han abierto estas pinturas y las investigaciones de los modernos especialistas en la prehistoria contribuyan en no poca medida a este desarrollo.

La historiadora Isabel González Sánchez

Rodrigo Martínez Baracs*



PARA MÍ, Y PARA LA MAYOR PARTE de los que estamos hoy aquí en este homenaje, fue un privilegio muy grande convivir y trabajar en la Dirección de Estudios Históricos (DEH), primero en el Castillo de Chapultepec y ahora en Tlalpan, con la historiadora Isabel González Sánchez (1936-2017), nuestra querida Chabelita, tan modesta, trabajadora y generosa, como lo son los verdaderos historiadores; muy buena amiga, con la que me entendía a veces sin necesidad de hablar, y no carente por cierto de sentido del humor. Sólo una vez la oí decir: “¡Pinche Lila!”, en una sesión del Seminario de Historia de la Agricultura de Enrique Florescano. Al rememorarla hoy, por feliz

* Dirección de Estudios Históricos, INAH.

iniciativa de nuestro subdirector Carlos Alberto Ortega, la sentimos como si estuviera viva, entre nosotros, gracias también a sus hijas Elena y Ana, que tanto aprendieron de ella, como historiadora y como persona, y que la ayudaron en sus trabajos y a adaptarse al mundo de las computadoras.

Chabelita tuvo la gentileza de contarnos algo de sus primeros años en un *curriculum vitae*. Nació el 5 de noviembre de 1936 en Azcapotzalco, Distrito Federal, donde vivió toda su vida. Allí estudió en la Escuela Primaria Vicente Alcaraz y la Secundaria Diurna núm. 2. Me contó Edgar Omar Gutiérrez que de jovencita Chabelita conoció a Robert H. Barlow (1918-1951), discípulo del novelista de terror H.P. Lovecraft (1890-1937) y después gran etnohistoriador mexicanista; Barlow, quien fuera amigo de un tío de Chabelita, se suicidó en 1951 cuando lo amenazaron con revelar que era gay. Ya despiertos los intereses historiográficos de Chabelita, cursó la educación media superior en la Escuela Nacional Preparatoria núm. 1, en el Centro de la Ciudad, y estudió Historia en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México. Antes de acabar la carrera, el primero de enero de 1959, a los 22 años, ingresó al Instituto Nacional de Antropología e Historia, contratada por el gran historiador guanajuatense Wigberto Jiménez Moreno (1909-1985), amigo de Barlow, que conocía a Chabelita y creyó en ella.

Don Wigberto dirigía en ese momento el Centro de Documentación Histórica del INAH, que se encontraba en el precioso edificio anexo al Castillo de Chapultepec (su techo era la explanada del Castillo), y que albergaba la gran colección de microfilmes de documentos novohispanos que don Wigberto había mandado tomar en muchos archivos de la capital y de todo el país, con el apoyo del español trasterrado José Miranda (1903-1967), el arquitecto Carlos Chanfón Olmos (1928-2002) y el historiador Antonio Pompa y Pompa (1904-1994), entre otros. El trabajo de Chabelita consistió en elaborar los catálogos de varias de las series de microfilmes, entre ellas las de Tlaxcala y las de Sonora, cada una con varios rollos de más de mil exposiciones cada uno. Así se hizo historiadora Chabelita.

En el Centro de Documentación Histórica, don Wigberto Jiménez Moreno continuó el impulso del gran historiador Joaquín García Icazbalceta (1825-1894), quien, junto con su maestro Lucas Alamán (1792-1853), consideró al periodo colonial como el más importante de la historia de México, y se dio cuenta de la falta de documentos para continuar estudiándolo más allá de lo que el propio Lucas Alamán pudo avanzar en sus *Disertaciones sobre la historia de Méjico*. García Icazbalceta comenzó con el trabajo de compilación y edición de documentos, y se concentró en el siglo XVI, de manera particular en la

El trabajo de Chabelita consistió en elaborar los catálogos de varias de las series de microfilmes, entre ellas las de Tlaxcala y las de Sonora, cada una con varios rollos de más de mil exposiciones cada uno. Así se hizo historiadora Chabelita.

El Centro de Documentación Histórica del INAH se transformó poco después en el Departamento de Investigaciones Históricas (DIH), y su sede se mantuvo en el mismo edificio anexo al Castillo de Chapultepec, y Wigberto Jiménez Moreno continuó como director.

conquista espiritual realizada por los frailes. En el siglo XX, historiadores mexicanos como Francisco del Paso y Troncoso (1842-1916), Silvio Zavala (1909-2014), Luis Chávez Orozco (1901-1966) y Robert H. Barlow (en la revista *Tlalocan*, sobre lenguas indígenas) retomaron esta tarea. De manera particular, Silvio Zavala se ocupó de la historia del trabajo en la Nueva España. En ese mismo impulso trabajó don Wigberto, y Chabelita tuvo el privilegio de insertarse en ese trabajo colectivo de búsqueda, catalogación, estudio y edición de documentos, que marcó los empeños de toda su vida y su obra.

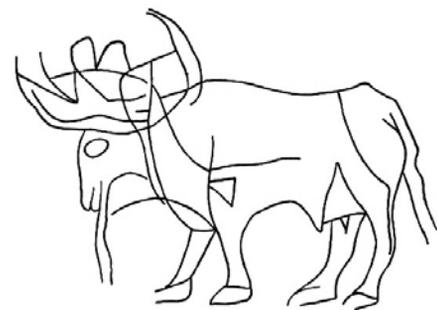
La muy amplia, valiosa y rica documentación que revisó y catalogó, junto con la guía de don Wigberto y la inteligencia y capacidad de trabajo de Chabelita le permitieron recibirse en la UNAM en 1963, con una importante tesis titulada: “Situación social de indios y castas en las fincas rurales, en vísperas de la Independencia de México”. Esa tesis, que concluyó a los 27 años, definió la línea de estudio principal de Chabelita: bien documentados estudios sobre las duras condiciones de vida de los indios, de los mestizos y de las castas, los pobres, en las haciendas y ranchos del México colonial, particularmente en el siglo XVIII, que gestaron el estallido de la revolución mexicana de Independencia, la cual se distinguió de las demás revoluciones latinoamericanas por la participación popular. El particular perfil del conflicto le dio fuerza y relevancia a su investigación, al igual que el acuciante problema de la desigualdad, la injusticia y la pobreza, que tres décadas después de consumada la independencia seguían agobiando a la población mexicana, como lo siguen haciendo hoy. Parte de la modestia de Chabelita provenía de su profunda y natural empatía por la suerte de los pobres y desamparados, cuyas voces oía en los documentos antiguos.

El Centro de Documentación Histórica del INAH se transformó poco después en el Departamento de Investigaciones Históricas (DIH), y su sede se mantuvo en el mismo edificio anexo al Castillo de Chapultepec, y Wigberto Jiménez Moreno continuó como director. Don Wigberto invitó a Chabelita a participar en su investigación sobre la peregrinación mexicana y después en la relativa a la zona de Xilotepec y Huichapan en el siglo XVII, pero de manera fundamental la orientó, como investigación propia, a la edición de una muy importante y desconocida relación de las haciendas y ranchos de la provincia de Tlaxcala entre 1712 y 1716, que resultó ser su primer libro importante, publicado en 1969: *Haciendas y ranchos de Tlaxcala en 1712* (introducción, paleografía y notas de Isabel González Sánchez), número XXI de la serie Historia, que dirigía en el INAH Jorge Gurría Lacroix (1917-1979), director de Publicaciones, con el apoyo de don Wigberto. Y en la revisión

de los textos trabajaba la joven historiadora María del Carmen Reyna.

Se trata de unas relaciones con valiosos datos que se recogieron durante la cruenta Guerra de Sucesión española (1700-1714), que conllevó más de un millón de muertos y ocurrió debido a la oposición de Inglaterra y Austria a que Felipe de Anjou, de la casa de Borbón, sucediera como Felipe V a Carlos II, el *Hechizado*, el último de los Austrias, y que se abriera la posibilidad de que se unieran las coronas de España y Francia. Para solventar los gastos de la guerra, Felipe V pidió una serie de informes detallados de las haciendas y ranchos de sus dominios en las Indias, con la solicitud de que por cada hacienda le dieran un donativo de cien pesos y, por cada rancho, uno de cincuenta pesos. El informe resultante es riquísimo en cuanto a información sobre la estructura agraria tlaxcalteca, en un momento de transición (en las primeras décadas de la recuperación de la población indígena), que ha sido aprovechado por historiadores como Wolfgang Trautmann y Carlos Sempat Assadourian. Los informes nos muestran también el temprano comportamiento despótico, ilustrado y explotador de esa primera expresión de los borbones, cuando recién se imponía un modelo de monarquía vertical sobre el modelo horizontal que prevaleció con los Austrias. Pronto a sus reinos de ultramar los comenzó a llamar “colonias”, a las que buscó explotar y controlar en las Reformas borbónicas iniciadas en la década de 1760. Chabelita elaboró valiosos cuadros-resúmenes de la información de cada partido y en la introducción de su tesis mostró bien la debilidad estructural de las haciendas novohispanas, siempre endeudadas con la Iglesia, que absorbía buena parte de la renta y la ganancia de las haciendas, e impedía pensar en reinvertir para intensificar la producción, y daba poco margen para pagar los cincuenta o cien pesos que exigía la ávida majestad borbónica.

Pero la investigación, Chabelita no se limitó a la transcripción y estudio de los documentos de 1712 y 1716, sino que también emprendió camino por Tlaxcala para visitar lo que quedaba de las antiguas haciendas y ranchos, además de que aprovechó el archivo fotográfico del INAH. Así es como en 1964 publicó su primer artículo formal, titulado “Visita a antiguos cascos de haciendas de Tlaxcala”, en el *Boletín* del INAH. Ese censo tlaxcalteca hablaba de las tierras y sus propietarios, pero reparaba poco en sus trabajadores; sin embargo, Chabelita no los había olvidado, y en 1968 publicó en los *Anales* del INAH su importante trabajo “La retención por deudas y los traslados de trabajadores alquilados en las haciendas, como sustitución de los repartimientos de indios durante el siglo XVIII”, que mostró el abuso con los que se realizaron esas contrataciones forzadas



En el Seminario de Historia de la Agricultura los estudios de Chabelita sobre los trabajadores de las haciendas y los ranchos se enriquecieron con la perspectiva de historia económica que había introducido Enrique Florescano...

de trabajadores de los pueblos tlaxcaltecas para trabajar en haciendas del valle de México y otros lugares.

Chabelita continuó esa línea de investigación hasta la publicación, en 1976, de su libro *Los trabajadores alquilados de Tlaxcala para las haciendas foráneas, siglo XVIII*, el Cuaderno de Trabajo núm. 13 de la serie que dirigía Enrique Florescano en el Departamento de Investigaciones Históricas del INAH. Cabe mencionar que para entonces Wigberto Jiménez Moreno había dejado el DIH y se había ido a fundar El Colegio del Bajío; el Departamento (que pronto se volvería la DEH, Dirección de Estudios Históricos) quedó a cargo a partir de 1972 de Enrique Florescano, que embelleció y acondicionó el DIH y lo dividió en un conjunto de seminarios: Historia Urbana, Historia de la Cultura, Historia de los Trabajadores, Historia Oral, Historia de las Mujeres, Historia de los Empresarios. Chabelita trabajó durante un tiempo en el Seminario de Historia Política —que dirigía Héctor Aguilar Camín, con Lorenzo Meyer y Primitivo Rodríguez Oseguera, entre otros—, dedicada a recabar fuentes, pero después se integró, más en su lugar, en el Seminario de Historia de la Agricultura, dirigido por el mismo Enrique Florescano, en donde tuve el gran gusto de conocerla cuando muy felizmente me integré a la DEH en 1979. En ese seminario estaban también Lydia Espinosa Morales (Lila), Margarita Loera, Consuelo Maquívar, Lourdes Gutiérrez Canet y hasta Saúl Escobar, y pronto también Marta Terán, entre otros que entraron y salieron.

En el Seminario de Historia de la Agricultura los estudios de Chabelita sobre los trabajadores de las haciendas y los ranchos se enriquecieron con la perspectiva de historia económica que había introducido Enrique Florescano a la historia novohispana a partir de su gran libro *Precios del maíz y crisis agrícolas en México*, publicado por El Colegio de México en 1969, así como con base en varios libros, estudios, ediciones y bibliografías que escribió en esos años. Éste fue uno de los momentos más vigorosos de Florescano. El resultado más importante de este contacto de Isabel González Sánchez con Enrique Florescano fue su extenso e importante ensayo publicado en 1980, que en buena medida resume todos sus estudios sobre esos temas, titulado “Sistemas de trabajo, salarios y situación de los trabajadores agrícolas, 1750-1810”. Se publicó en el primer volumen —de 17— de la serie *La clase obrera en la historia de México*, coordinado por el sociólogo Pablo González Casanova. El primer volumen, dirigido por Florescano, se tituló *De la Colonia al Imperio*, y abarcó un amplio panorama descrito por Florescano desde la época prehispánica a mediados del siglo XVIII; el periodo de 1750 a la Independencia se lo encargó a tres investigadores de la DEH:

Isabel González Sánchez se ocupó de los trabajadores agrícolas; Jorge González Angulo y Roberto Sandoval Zarauz, de los trabajadores industriales, y Cuauhtémoc Velasco Ávila, de los trabajadores de las minas. Alejandra Moreno Toscano, esposa de Florescano y gran historiadora también, dedicó un extenso y novedoso estudio a “Los trabajadores y el proyecto de industrialización, 1810-1867”.

En su capítulo, escrito con el apoyo de Enrique Florescano, Chabelita mostró y documentó los bajos salarios de los gañanes o peones; las duras condiciones de trabajo de sol a sol; el funcionamiento de la tienda de raya; los abusos físicos que sufrían los trabajadores; los tumultos de trabajadores que llegaban a estallar contra los malos tratos; los trabajadores alquilados o “tlaquehuales”, que vaciaron la población de la provincia de Tlaxcala; las encomiendas y las formas de esclavitud que pervivieron en el norte de la Nueva España, donde impedían que los trabajadores de las haciendas vivieran en casas congregadas para evitar que formaran pueblos con derechos; los efectos de las crisis agrícolas que provocaban hambre, epidemias, delincuencia, rebeldía, y que durante el crecimiento del siglo XVIII las condiciones de los trabajadores empeoraron, pues el crecimiento de la población desde la segunda mitad del siglo XVII acabó por expulsar a muchos de los indios de sus pueblos, que ya no cabían por mantenerse acotados ante el crecimiento de la propiedad española de los siglos XVI y XVII. También expuso que las nuevas ideas de la Ilustración, aunadas al despotismo borbónico, dieron pie para limitar las fiestas y asaltar las cajas de comunidad, que servían como un medio de seguridad social, al tiempo que en las ciudades se suprimieron las instituciones asistenciales.¹ Por supuesto, este trabajo de síntesis de Chabelita, es al mismo tiempo un gran proyecto de investigación colectiva que aún está por realizarse. La propia Chabelita continuó, y en 2002 publicó en el INAH el libro *Haciendas, tumultos y trabajadores: Puebla-Tlaxcala, 1778-1798*, valiosa edición de testimonios documentales.

Pero antes publicó Chabelita un importante y gordo libro con un informe eclesiástico sobre *El obispado de Michoacán en 1765*, que encontró en el Archivo de la Casa de Morelos (Morelia, Comité Editorial del Gobierno del Estado de Michoacán, 1985). La riqueza informativa de este documento despertó el entusiasmo de Chabelita, quien escribió:

¹ Menciono una errata que aparece en la primera edición de *De la Colonia al Imperio*, que no sé si se corrigió en las ediciones siguientes, y que altera seriamente la argumentación. En la p. 170, hacia la mitad, donde dice XVII debe decir XVI y donde dice XVIII debe decir XVII.



*Isabel González Sánchez,
Chabelita, siguió trabajando
y publicando, y además en
sus últimos años dio unos
muy apreciados cursos de
paleografía en la DEH.*

La información de las descripciones en su conjunto es verdaderamente sorprendente, nos proporciona una visión socioeconómica importante del obispado; se puede saber en algunos casos dónde había población asentada, dónde población dispersa, cómo vivía, de qué vivía, establecimiento de estancias, puestos, haciendas, ranchos y minas, población vecindada en ellas, propietarios, cargos que ocupaban, etc. Además, nos reflejan algo así como la vida cotidiana del cura y su feligresía.

Chabelita encontró este documento gracias a indicaciones que dio el historiador Ernesto Lemoine Villicaña (1927-1993), pero no pudo hallar en el Archivo de la Casa de Morelos algunas relaciones de 1765 faltantes, con las que dio por su cuenta Óscar Mazín, de El Colegio de Michoacán, durante su investigación sobre el obispo Pedro Anselmo Sánchez de Tagle (1695/1696-1772), y que publicó en 1986 con el título de *El gran Michoacán*. Las dos investigaciones se complementaron felizmente.

Isabel González Sánchez, Chabelita, siguió trabajando y publicando, y además en sus últimos años dio unos muy apreciados cursos de paleografía en la DEH. Tuve el orgullo de participar en un simposio que ella organizó sobre el tema. También entregó una “Matrícula de tributarios de Valladolid de Michoacán”, de 1790, a Marta Terán, para su edición interactiva en línea dentro de los *Tributos tardíos de la Nueva España*. Por cierto, aprovecho para expresar una disculpa a nombre de Marta, que no pudo asistir a este homenaje a su querida y admirada Chabelita, por encontrarse en el hospital cuidando a su esposo, el poeta Antonio Deltoro, quien se recupera lentamente, pero bien, de una caída terrible.

Mucho hizo Chabelita a lo largo de su vida, pero algunos importantes proyectos quedaron sin concluir, como su investigación sobre la formación del Gremio de Labradores de Puebla, en 1792, y sus paleografías y ediciones de documentos tales como: una parte desconocida de la *Inspección ocular de Michoacán*, la biblioteca de un médico poblano y unas *Disposiciones* para la dispensa de tributos después de una epidemia de peste, de 1792. Ojalá haya investigadores interesados y capaces de llevar a buen fin estas tareas de investigación, ojalá podamos sacar copias de sus trabajos para ponerlos en línea, y ojalá, nosotros los colegas, alumnos y familiares de Chabelita, podamos seguir su ejemplo de responsabilidad y generosidad, de rigor documental y de empatía y compasión por nuestros antepasados.

Ciudad de México,
jueves 22 de marzo de 2018.